

DESEOS

(MALOS).

Post concupiscentias tuas non eas.
No te dejes arrastrar de tus pasiones.
(Ecl. XVIII, 50.)

El Señor es el dueño de nuestras almas y de nuestros cuerpos; ved aquí, por que quiere que nuestros pensamientos y nuestros deseos se sometan á su ley, lo mismo que nuestras acciones. Él es infinitamente santo y perfecto, y exige de nosotros, que seamos santos en todo nuestro ser; pero nosotros no podemos llegar á este grado de perfeccion, sin poner freno á nuestras pasiones y reprimir nuestros malos deseos. Esta es la causa por que nos prohíbe Dios, hasta el pensamiento y el deseo del mal. Su voluntad está escrita en los dos últimos preceptos del Decálogo, que me faltan explicaros, y que están formulados de este modo: *No desearás la obra de la carne sino en el matrimonio. No codiciarás los bienes de otro para adquirirlos injustamente.* Imploremos la gracia de Dios, por intercesion de María, para que comprendamos bien el sentido de estos dos últimos mandamientos. A. M.

1. Pecar por mal pensamiento, es pensar voluntariamente y con complacencia en una cosa mala, en una cosa que Dios prohíbe. Pecar por mal deseo, es ambicionar, exigir, ó desear con reflexion y con conocimiento una cosa mala, ó que Dios prohíbe. Una imagen impura se presenta á vuestra imaginacion, una mala idea se os ocurre; si no la desechais, si os deteneis en ella con complacencia, si os recreais en ella, os haceis culpables de un mal pensamiento. Vosotros formais en vuestro corazon el deseo de ejecutar esa cosa mala; que el pensamiento os presenta; deseais la posesion de esa cosa, que no os es per-

mitido tener; deseais cometer ese pecado: ese es un mal deseo, ese es un pecado.

Sin embargo, no confundais los pensamientos culpables y los malos deseos con la concupiscencia, con la inclinacion al mal, que es el triste fruto de nuestros primeros padres, y del que no están libres las almas más puras. Esta malhadada inclinacion existe, á pesar nuestro, en nuestros corazones, y no nos es posible destruirla enteramente; pero no por eso debemos dejar de luchar continuamente contra ella; nosotros no debemos consentir en los pensamientos que ella nos sugiere, en las tentaciones que nos suscita, ni en las peligrosas imágenes con que llena y fatiga nuestro espíritu y nuestra imaginacion; porque todo mal pensamiento, todo mal deseo, es pecado en presencia de Dios, cuando es consentido deliberadamente.

Es cierto, que los dos últimos preceptos del Decálogo no reprueban, al parecer, más que los deseos de impureza y de avaricia, sin duda, porque estos deseos son el origen principal de los pecados de los hombres. Pero no son éstos solos los que Dios condena. En efecto, escuchad á nuestro Señor Jesucristo reprender á los fariseos sus pensamientos de envidia y de odio; ved como rechaza del altar á todo el que conserva contra su hermano un pensamiento ó un deseo contrario á la caridad. Y ¿no fué por un pensamiento de orgullo por lo que Lucifer fué arrojado del cielo, y sumergido para siempre en los infiernos? ¿Porqué dice tambien el Espíritu Santo, que debemos rechazar todo deseo de cualquier cosa prohibida y mala? Porque consentir en malos pensamientos, y formar malos deseos, es exponerse á un peligro cierto de caer muy pronto en los pecados á que se refieren estos deseos. Si no se cometen, es porque falta la ocasion, ó los medios para cometerlos; pero el crimen está consumado en el corazon del que lo desea. Por esta razon, Dios, que sondea los corazones, y á quien nada se oculta de cuanto pasa en el alma y en el pensamiento del hombre, declara, que el que miró á una mujer con ojos de concupiscencia, ha cometido ya un adulterio en su corazon. ¡Ay, con cuánta frecuencia se cometen hoy estos pecados! ¡Cuántos pecados de esta especie comete un corazon embriagado con una pasion criminal! ¡Cuántos pensamientos y cuantos deseos formais á la vista de todos los objetos que se os presentan! ¡Cuántos pecados se cometen en esos proyectos, en esas resoluciones, en esas concurrencias, en esas citas, y en esas intrigas secretas, aún suponiendo que no se lleven á efecto! Delante de Dios la voluntad es reputada por el hecho, y hay pecado en la delectacion sola del espíritu y de la voluntad, aún cuando no haya accion alguna deshonesta. ¡Cuán peligroso es el combate que

debemos sostener contra nuestra carne! Este malhadado cuerpo dá origen á una multitud de malos pensamientos, de deseos corrompidos y de pecados.

Pero no son ménos numerosos los pecados de pensamiento y de deseo, que tienen su origen en la codicia, en el amor desordenado de los bienes de este mundo.

Es indudable, hermanos míos, que no todo deseo de los bienes ajenos está prohibido; porque se puede desear, sin pecar, lo que otro posee, cuando solo se quisiera adquirir por las vías legales y por los medios que la probidad y la conciencia aprueban.

Pero ¡cuántos deseos de los bienes ajenos son injustos, criminales y abominables á los ojos de Dios! El Espíritu Santo dice: *Aquellos que quieren hacerse ricos, caen en muchos deseos inútiles y perniciosos.* I, TIMOT., 6. ¡Cuántos deseos perniciosos hay en el corazón de ese hombre, que mira con envidia los bienes del prójimo! ¡Cuántos deseos criminales ve Dios en el alma de esos comerciantes, que desean la ruina de otros, para poder aumentar su comercio; que provocan la escasez y la carestía de víveres, para poder enriquecerse; y que, finalmente, con el objeto de vender más caro ó de comprar más barato, llevan á mal que otros vendan ni compren! ¡Qué deseos tan injustos los de esos hombres, que ansian la desgracia de las personas de posición, para colocarse en su puesto! ¡Oh, cuántos crímenes salen del corazón del hombre! *De él salen, nos dice el Salvador, los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los latrocinios, los falsos testimonios y las blasfemias; en él se encuentra la fuente de todos los crímenes.* Así, pues, para secar esta fuente pestilencial, es para lo que Dios prohíbe hasta los pensamientos, los deseos, las imaginaciones, las representaciones y aún los recuerdos malos.

Desengañaos, pues, vosotros los que hasta ahora habeis creído poder entregaros sin pecar á todos vuestros malos pensamientos, y á todos vuestros malos deseos. ¡Ay! vosotros habeis ofendido mucho á Dios. Volved, pues, á vosotros mismos, haced penitencia, acusáos humildemente de esos pecados, reparad vuestras confesiones mal hechas, y volved á entrar en la gracia de Dios, si quereis ir al cielo.

2. Pero hay algunas personas que se alarman y se inquietan, y creen que pecan siempre que se les ocurre algun mal pensamiento; este es un error, hermanos míos, y debe desvanecerse de vuestro espíritu, si habeis comprendido lo que os he dicho hasta aquí. No hay más pensamientos ni más deseos culpables, que aquellos en que nos detenemos con complacencia, y nos recreamos deliberadamente. Si,

por el contrario, resistimos con valor, si rechazamos con energía el mal pensamiento, si no hemos dado ocasion á él, muy léjos de hacernos perder nada de la amistad de Dios, esta tentacion nos dá más mérito, y aumenta nuestros derechos al amor y á la gracia del Señor. No debemos esperar en esta vida una paz, que esté libre de combates. Además, la santidad del alma no consiste en no ser tentado, sino en mantenerse firme y resistir con valor todas las tentaciones que experimentamos. No os asustéis por esos pensamientos que se os ocurren á pesar vuestro, sino desechadlos lo más pronto que os sea posible; y lo podreis siempre, si recurris á la oracion. Decid, como los Apóstoles en el momento del peligro: *Salvadnos, Señor, que perecemos; y Dios os ayudará á triunfar de vuestros enemigos.* Dirigíos con toda confianza á la Santísima Virgen, y decidle esta bella y corta oracion: *¡Oh Virgen purísima! alcanzadme, por vuestra santísima virginidad y vuestra concepcion immaculada, la gracia de conservar puro mi cuerpo y mi espíritu.*

No lo dudeis, la Santísima Virgen vendrá en vuestra ayuda, y vuestra alma adquirirá, á cada momento de tentacion, un nuevo mérito delante de Dios. Rechazad los pensamientos de la carne. Luchad firmemente contra las sugerencias de la codicia. Para vencerlas, aprended á contentaros con el estado en que Dios os ha puesto, y no deseéis mejorarlo sino con moderacion, permaneciendo siempre sumisos á las disposiciones de la Providencia, que todo lo arregla y lo dirige en el mundo. Grandes bienes, cuantiosas riquezas, serian, tal vez, vuestra infelicidad. Jesucristo dice, que hay muy pocos ricos que se salven. *No procureis, añade, amontonar sobre la tierra tesoros, que la polilla y los gusanos devoran, y que los ladrones os pueden arrebatar; sino acumular tesoros en el cielo.* MATTH. VI. Tened confianza en Dios; vosotros sois unas criaturas muy gratas á su corazón, y él cuidará de vosotros.

Guardad, hermanos míos, los preceptos de la ley de Dios, y observadlos fielmente. Haced lo que Dios os manda; de este modo vivereis en su amistad, y conseguireis la grande é inefable recompensa, que Dios reserva para sus siervos vigilantes y fieles, porque Jesucristo ha dicho: *Si quereis conseguir la vida eterna, guardad los mandamientos.* Deseo que la gracia de Dios sea con vosotros; que ella os ayude y os fortifique constantemente, *para que glorifiqueis á Dios, adelantando en la práctica de las buenas obras, que conducen á la eterna felicidad. Así sea.*

Véase: PENSAMIENTOS MALOS.